

nas y como a los pétalos de una flor, allí la prensa y la reseca, y al fin viene a ser un poco de polvo, que ni siquiera su olor dejó entre las páginas que la «des-vivieron». Pero tú, lector, y yo, queremos vivir, vivir, no des-vivir, no morir entre montañas de erudición, de fichas y de fechas, cuando al otro lado brilla el sol en los pétalos de las rosas. Si acaso, des-vivirnos en otro, u otros, que llevan nuestra carne y nuestra sangre. Y no sólo esto, aunque el seguir yo lo aprendiera de Unamuno—¿acaso las flores brotan por generación espontánea?—, también per-vivir, seguir viviendo, no el recuerdo de los demás, que sería bien poca cosa, sino sobre-vivir nosotros mismos no en nuestras obras ni en nuestros hijos, sino yo, tú, y tú y el otro en nuestra propia realidad personal, y no anegados y confundidos en algún alma ni espíritu universal.

Pero volvamos al mito. Y como en aquel otro, hay en este de ahora un buitre devorador. ¡Oh, la angustia de querer saberlo todo y no llegar siquiera a adivinarlo! Y no es el saber enciclopédico saber clasificado por materias y hasta alfabetizado como los tomos del «Espasa». No. Es ese otro saber, más hondo y más profundo, que intenta llegar a la raíz de las cosas. ¡Pero ah! Que antes que el tronco se ven las copas y las ramas del árbol. Y queriendo aprehender a seguido el tronco, nos perdemos por las ramas que nos lo ocultan, y se hace largo y penoso el trabajo de consultas y notas y y fichas. Luego resulta que nos sale, sin nosotros quererlo, una antología de ajenas opiniones. Porque éste es el gran drama del hombre universitario actual, tanto más agudo cuanto más ha leído. Que no sabe cuáles son sus verdaderas opiniones, o cuáles otras tomó de los libros. ¿No lo habéis pensado nunca? Yo sí. Y he citado: «Fulano dijo ayer en su página !74...»

El libro ha matado nuestra espontaneidad. Ya no soy yo quien piensa, es Unamuno, es Ortega, son mis profesores de Universidad, son las láminas que ilustran los textos con su explicación debajo, son todos juntos que me escamotean y me sacan de mí. ¿Te das cuenta ahora, lector amigo, cuenta conmigo en este gran drama, de cuál es la tragedia? Porque el principal personaje—ahora mejor que nunca personáculos, pues no es siquiera persona—es el libro, y la sombra de Prometeo como *fatum* inexorable. No creas cuando oigas decir a alguien que es esto o lo otro, que lo es de veras. Pregúntale qué autor o qué libro lo dice. Ni creas tampoco en romanticismos. Pura literatura. Tú dí que no hay mejor libro que uno mismo. Que hay que vivir y no que leer. Hoy, la actitud más fecunda consiste, acaso, en, con el menor bagaje libresco, pensar uno con su propio corazón, ser todo espontaneidad ante las cosas. Y, sobre todo, tratar de recordar esa ingenuidad primitiva que tanta falta nos hace, porque nos ahoga entre sus páginas, nos seca y nos deseca la erudición, el querer saberlo todo, el querer llegar al cielo sobre una montaña de libros. Mejor fuera contentarse con salir al campo los días de verano, a preguntar sí o no a los pétalos de las margaritas.

GERARDO G. CAMINO

## CORCEL DE GRUPAS AL VIENTO (1)

A mis entrañables amigos del grupo lírico «ARCILLA y PAJARO».

Corcel de grupas al viento  
lleva en su lomo tres almas:  
Tres pétalos de una rosa  
del jardín de la esperanza.

Tres voces de arcilla y lodo,  
tres vuelos de arcilla alada,  
retoño, brote y arranque  
de la canción no olvidada.

Tres fibras de un solo Eterno  
latiendo juntas—hermanas—,  
que están derramando el néctar  
juvenil de sus baladas

por campos tal vez desiertos,  
en puertas tal vez cerradas...

El corazón en los labios  
y la lira por espada.

Que lanzarán sus clarines  
al paso de sus hazañas  
con ansias de hacer el eco  
tan largo como su andada,

con ímpetu de rescate,  
con fiebre de empresas altas,  
con luz de mundo en los ojos  
y Luz de Dios en la entraña.

Marchando van, caballeros  
del corcel de la Esperanza.

JOSÉ MARÍA GIL

(1) Del grupo lírico «ARCILLA y PAJARO».